



José Enrique Camacho recibiendo un trofeo por su trayectoria artística de manos de sus paisanos Manzanareños.

Murió en Madrid a los 53 años

El actor manzanareño José Enrique Camacho, visto por Manuel Rodríguez

José Enrique Camacho había nacido en Manzanares hacía 53 años y desde siempre quiso ser actor y a fe que lo consiguió y sin ser de los del montón. Trabajó en infinidad de obras de teatro también hizo radio, cine y televisión, medio éste que le lanzó a la popularidad merced a *Barrio Sésamo*, en donde era Antonio. Nuestro corresponsal en Manzanares, Manuel Rodríguez, le rinde un merecido homenaje a través de este reportaje en el que hace una semblanza humana y artística de su amigo Pepe Enrique Camacho, un buen actor y una mejor persona.

Parece que cada agosto, cuando gozo de mi verano mesetario, me toca escribir la nota necrológica del fallecimiento de un amigo. Fue primero el poeta Alfonso Carreño, luego el «lazarillo» Sebastián López de los Mozos y ahora el actor José Enrique Camacho. Este desdichado y caluroso dos de agosto se ha llevado para siempre a José E. Camacho, Pepe Enrique, para sus paisanos y amigos.

El «Antonio» de Barrio Sésamo y el «Pepe» del Barrio de las Monjas, ha dejado sus dos barrios, sin darle casi tiempo a despedirse de

Espinete, de Don Pimpón, de sus luchas de espadas, de sus teatros en La Casa Alta, de su trapecio, de su pandilla de «La Rana Verde»...

Mis primeros contactos con Pepe se remontan a finales de la década de los cincuenta, prácticamente niño aún y él un mozo recién licenciado de la mili y fue mi primera salida escénica en aquella entrañable obra que él dirigía y protagonizaba: *El hijo del Tío Veneno*. Tras aquellos inicios, vino *El Avaro*, de Molière; *Estampas de la Pasión del Señor*, de Fdez. Ardaín; *La Señora que no dijo sí*, de Alonso Millán; *La*

Venganza de la Petra, de Arniches; *Sancho en la Insula*, de Casona y otras muchas, mezcladas con excursiones, fiestecillas y mi constante presencia en los ensayos —mudo testigo— de aquel inolvidable montaje que hizo de la obra de Pirandello, *Seis personajes en busca de autor*, hasta que a mediados de la década de los 60 emprende su camino profesional y marcha a Madrid. Sus 25 años de vida profesional le depararon multitud de éxitos y algunas amarguras, aunque sólo recordaremos los primeros, porque los sinsabores se borran con facilidad en el tiempo y en la mente: las múltiples radionovelas de R.N.E. y la SER; el papel de Kokol en el *Marat-Sade* que dirigió Marsillac —bajo cuya docta mano tantas veces trabajó— *Sócrates*, *Los Locos de Valencia*, el último montaje de Calderón en los Dominicos de Almagro; no podemos olvidar aquella magnífica versión del *Romancero Gitano*, a las órdenes de Miguel Arrietta, quien también lo dirigió en el soberbio espectáculo *Y no lo decimos por mal*, sobre textos de Quevedo. Como tampoco podemos olvidar su paso por aquel impresionante grupo, Bululú, cuando realizaron la obra de Brech *La excepción y la regla*, bajo la dirección de Antonio Malonda. Sus esporádicas apariciones en TVE y algunos cortos papeles en el cine, unidos al popular personaje de *Barrio Sésamo*, hi-

cieron de José E. Camacho un actor polifacético, un actor de los que podríamos llamar «todoterreno», que supo dar dignidad y altura a los múltiples papeles que interpretó y que siempre dejó buen sabor de boca a los muchos y magníficos directores bajo cuyas órdenes trabajó.

Mis últimos contactos con Pepe Enrique fueron hace justamente un año, cuando ensayamos —bajo la sombra del mismo árbol que ahora me cobija mientras escribo— y posteriormente leímos, en los tendidos de la Plaza de Toros, los versos que Lorca, Alberti, G. Diego y Hernández escribieran en homenaje al torero Sánchez-Mejías. Silencio, golondrinas, atardecer, sobrecogedores versos y la sonora e impresionante voz de Pepe hacen memorable aquella tarde del 11 de agosto del 90. Y es que Pepe leía los versos como muy pocos saben hacerlo, porque en su voz había ritmo, cadencia, fuerza, musicalidad, tristeza, dolor, alegría... vida.

Ha muerto un artista, pero los artistas cuando mueren tienen la ventaja de dejar tras de sí su obra. Y eso es lo que nos ha dejado Pepe: una amplia y dilatada carrera de actor, de buen actor, del que sin duda tendremos que seguir aprendiendo los profundos amantes del arte de la interpretación que tuvimos la suerte de beber con él los primeros sorbos y que con él también apuraremos el vaso hasta hacernos con los últimos posos, porque en ellos están la esencia y el valor de lo que permanece.

Lo verdadero amante penoso es que con el artista marcha también el hombre y sobre todo el amigo, con el que tantos buenos ratos compartimos, porque su sola presencia irradiaba cariño y alegría. Aún escucho su melodiosa voz —y con ella me quedo— cuando recitaba los últimos versos del *Llanto de Lorea*: «Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace... también se muere el mar». Pepe Enrique, amigo, no te has ido, sigues aquí con todos nosotros, en tu Manzanares querido.